

## **Interpelación al varón aprendiz de cristiano**

Diego Irarrazaval \*

Me sumo a quienes ven necesario abandonar “estereotipos y colgar las máscaras” a fin de “asumir nuestra compleja realidad” de varones (1). La cuestión de género nos ofrece incisivas preguntas y saludables provocaciones. Lamentablemente existen muchos prejuicios y temores. A mi parecer, la cuestión de género -sumada a la opción por el pobre y sus culturas- reorienta la vida religiosa masculina. Ésta es así más significativa en la Iglesia, y en el acontecer histórico. Al estar atentos a logros de parte de la mujer, los varones redescubrimos cómo ser felices; ya que la temática masculina y femenina nos involucra a mujeres y a varones contagiados por la alegría y misión del Evangelio.

### 1) Un arbusto entre ladrillos

En el balcón de mi casa me impresiona un pequeño arbusto que crece en medio de mucho ladrillo y cemento. A pesar de su entorno hostil, sobrevive el arbusto. Lo observo, mientras preparo talleres de género, y siento como el androcentrismo ha “enladrillado” la existencia cristiana. Ella ciertamente merece ser redescubierta por varones (que ojalà vayamos abandonando estereotipos) y por mujeres con sus propios itinerarios. Tal actitud es motivada por el Evangelio, por el aventurado andar con los pobres, por los

dones que la comunidad recibe del Espíritu; y puede añadirse, por la acción y perspectiva de género.

Pues bien, muchos varones van despertando a ser básicamente cristianos, y serlo modesta y eficazmente como aprendices y no como mandamases. Se trata de forjar buenas relaciones y poderes de género. ¡Somos arbustos de hojas verdes, gracias a la lluvia y al sol, aunque nos agobie un gris y frío cemento! Las siguientes anotaciones evocan posibilidades en cuanto a poderes y en cuanto a relacionalidades, la identidad y la sexualidad, que implican un auténtico bienestar.

## 2) Apreciar diferencias

Como ya tengo muchos añitos a cuesta ... o mejor dicho tengo décadas y décadas de juventud acumulada ... les anoto lo que considero son como fases en modos de aprender a ser cristiano. Primero ha sido como niño travieso y estudioso en un ámbito tradicional. Luego me han hecho posible acercarme -a partir de 1968- a la religión del pobre, a `otro´ modo de creer. También me he dedicado a enseñar teología en dialogo con ciencias humanas y con sabidurías del pueblo. En esta y en la siguiente fase he estado interactuando con culturas y políticas en América Latina, es decir con `otros´ universos simbólicos; al mismo tiempo he estado indagando temáticas de genero, de biblia, de dialogo entre religiones. Vale decir, de varias maneras he confrontado ´diferencias´ en lo afectivo, socio-económico, espiritual, cultural. Ello me abrió puertas a lo masculino y a lo femenino. Cada día respiro diferencias, con sus complicaciones. Son diversos modos de vivir que también motivan entrecruzamientos e itinerarios nuevos.

En cuanto a la temática de genero, quienes se han especializado en eso me hicieron ver tanto asuntos de poder como cuestiones relacionales. En

América Latina, en términos generales, se constatan ambivalencias. Los organismos calificados públicamente como cristianos, junto a sus servicios desinteresados y a sus logros y carencias, han sido cooptados por minorías pudientes en lo cultural, político, económico. Por eso, desde mediados del siglo pasado, se han ido reestableciendo vínculos con la población marginada y sus culturas y sensibilidades espirituales. Por otra parte, nos interpelan iniciativas humanistas -en la sociedad civil- e inquietudes dentro y fuera de la inmensa realidad llamada cristianismo. Estos diversos factores nos motivan a revisar y cuestionar poderes con sus rasgos masculinos y femeninos, a fin de generar mejores estructuras sociales y espirituales.

En estas circunstancias, varones cristianos nos preguntamos cómo desarmar esquemas de privilegio, y cómo dar pasos solidarios con la población empobrecida y con sectores medios, y en especial con la mujer marginada que anhela equidad y justicia. En cuanto a la evangelización y a la organicidad eclesial, a muchos varones nos indigna lo piramidal y anhelamos la corresponsabilidad con la mujer y la creatividad de la comunidad (sin el autoritarismo y caudillismo latinoamericano). En un sentido profundo, florece la pluralidad de carismas, que manifiestan la fidelidad al Evangelio. Además, si uno es religioso y a la vez sacerdote, uno siente la carga de un humilde discipulado, lo que implica apartarse de esquemas elitistas y clericales. En términos positivos, uno va desarrollando el ser varón y lo masculino, que deja el androcentrismo y que logra correlacionarse con lo femenino. Así, las diferencias se deben no a pautas de discriminación, sino porque cada entidad enriquece a las demás.

La problemática es tanto de uno como varón (que sutil o groseramente impone intereses particulares) como de la mujer ingenua o cómplice (ya que asimila el ser subordinada). En el caso de institutos de vida religiosa, “ante religiosos en su mayoría clérigos, las religiosas se comportan de modo subordinado... (y ellas) no desenvuelven sus capacidades

evangélicas” (2). Tal asimetría tiene que ser impugnada por uno como varón, y por las mujeres. A tal crítica le acompaña la propuesta: forjar relaciones de equidad y de corresponsabilidad en tareas de evangelizar y también en el funcionamiento interno de la iglesia.

Llevando a cabo talleres de género, y en forma personal, he constatado que ‘otra’ realidad es la que mejor nos interpela y transforma. Ello ocurre, para varones, gracias al encuentro con la realidad femenina (presente en la mujer, y también en uno como varón). Al valorar la correlación equitativa con la mujer y con la dimensión femenina dentro del varón salen a luz las posibilidades de un comportamiento genuinamente masculino.

### 3) Bienestar masculino

Al dialogar sobre la masculinidad, vale comenzar y terminar con vivencias y propuestas de bienestar. (No se inicia ni se concluye la labor de género mediante lamentos por el machismo, ni mediante la culpabilización de uno y los demás). Con aquel enfoque se han llevado a cabo talleres en el Perú y otros lugares, porque nos dimos cuenta que gracias a la utopía de plenitud humana es posible desarmar facetas del patriarcado, ya que éste hace infeliz tanto a la mujer como al varón.

Varias culturas de nuestro continente dan un merecido reconocimiento al comportamiento masculino que logra metas deseadas por cada ser humano. Vale decir, es inaceptable la pasividad y el escepticismo. Más bien se da importancia a la eficaz y bondadosa acción humana. Esto merece ser reafirmado, dado el contexto actual con su inequidad, corrupción, apoliticismo. En aquel sentido es valorado el varón en su actividad, desde hacer reparaciones en el hogar y centro laboral hasta consolidar organizaciones sociales. Estos éxitos agradan a quienes los emprendemos, y también son derechos que tienen rasgos universales. Al llevar a cabo las

responsabilidades asumidas, uno suele descubrir la propia limitación y fragilidad; y reconocer que tales rasgos (que avergüenzan) de hecho es tan masculino como lo demás que hacemos. ¡Cuánto cuesta todo eso! El asumir ser frágil y necesitar colaboración no brota espontáneamente. (Al menos en mi trayectoria y contexto, uno presupone que saldrá adelante y será exitoso, y tendrá capacidad para vencer cualquier obstáculo).

A partir de tal autoimagen ingenua, uno reproduce esquemas ilusorios y frustrantes, como por ejemplo, intentar acaparar responsabilidades, y el ser un `super-hombre´ (lo cual influye en la soberbia ante los demás). En este sentido competimos entre varones. Se desenvuelve una cruel cotidianeidad; unos cómplices con otros, planificamos como superar a los demás. En los organismos cristianos a menudo somos catalogados: los que se asocian para obtener grandes resultados, y, los que tienen `problemas´ y tienen que ser ayudados (y aguantados) por los demás.

Como anota el equipo de psicólogos de la Conferencia de religiosos de Brasil (CRB): la exigencia de un óptimo desempeño nos obliga a los varones a “asumir la máscara de la omnipotencia, que termina malográndonos”; y añaden: “muchos religiosos y sacerdotes persiguen tal ideal (masculino del super hombre)” debido a la inseguridad personal, sentirse inferior, represión de la afectividad, concepto de autoridad-obediencia en que el varón es responsable de la misión de la Iglesia inmediatamente después de Dios (3). Cabe pues distinguir; por un lado, tenemos aquella máscara de omnipotencia, con que uno se engaña a sí mismo y a los demás. Por otro lado, existe la correcta mutua colaboración, al compartir obras eficaces y también el asumir limitaciones y errores de uno y de los demás. De este modo se va desmoronando la ilusoria omnipotencia masculina.

Otro tipo de logros ocurre en el cariño y la sexualidad con rasgos masculinos. Algunas mujeres nos ayudan a ver nuestra mezcla de

agresividad e inseguridad emocional, y constatan otra vieja problemática: separar sexo de afectividad. Por otra parte, hoy es fortalecida la sexualidad holística, “que tiene que ver con nuestro cuerpo, con nuestra racionalidad y con nuestros sentimientos... ya que todo lo que realizamos en la vida, lo hacemos como varón y como mujer” (4). Este modo realista e integrador de desenvolver la condición humana es lo que abre nuevos horizontes.

En un primer momento, uno rechaza la “visión peyorativa de la sexualidad, marcada por la negatividad del pecado...; la pedagogía, en la vida religiosa, intentó evitar el sexo... y terminó siendo reprimido” (5). Estos psicólogos añaden que lo sexual, lamentablemente, fue reducido a lo biológico-genital. Se ha favorecido el hedonismo. Es todo una postura reduccionista, que ha logrado contaminar el terreno pastoral y la reflexión cristiana. En un segundo momento uno reafirma la verdad y santidad de la sexualidad (que también es enigmática, y a veces es perversa). La sexualidad es -en el fondo- una riqueza relacional, mediadora del encuentro entre varón y mujer, y mediadora del Misterio de Amar. Esto es hoy redescubierto, en el bello proceso de ser aprendiz de la vida y el ser cristiano.

#### 4) Espiritualidad inagotable

El terreno espiritual puede ser reconsiderado y gozado con la clave de género. De partida, es admirable la manifestación y reflexión espiritual hecha por la mujer, en América Latina y en otras latitudes. Ante esta fecundidad, uno se pregunta cuáles son los aportes propios de la condición masculina.

Cada persona que ora y que es solidaria palpa los insondables caminos del Señor. Uno se siente parte de la comunidad que admira el Misterio de Dios (que envuelve lo masculino y lo femenino, y que no se limita ni a uno

ni a lo otro). Así también es el itinerario espiritual: es sorprendente, inagotable, fascinante. Por otro lado, la espiritualidad esta marcada por la duda e incertidumbre, por búsquedas cargadas de dolor ante el pecado, y por la trascendente cercanía de un Dios que interpela nuestras mezquinas idolatrías.

Por lo dicho, no habría lugar para reducir a Dios a una figura masculinizada. Más bien, uno de rodillas y desde abajo reconoce que sólo Dios es Dios. Esto implica que como varones -con nuestros rasgos masculinos- se va caminando hacia ¡y se va celebrando con otras personas! a Dios del universo y la humanidad.

A lo largo de las últimas décadas, la opción cristiana que proféticamente ha subrayado la solidaridad con el pobre, también ha sido reconfigurada espiritualmente. Ella ha recalcado la comunión con Dios que tierna y liberadoramente opta por el pobre. Sin embargo, siguen pesando unos esquemas dualistas y deshumanizante; en particular, la horrible segregación espíritu-materia. Antes del Vaticano II -pero también en la actualidad- la “espiritualidad de la Vida Consagrada... ha tenido una visión dicotómica, supervalorizando el alma y lo espiritual, y desvalorizando el cuerpo” (6). En este contexto, me parece que cabe la valentía de varones -que acostumbramos a separar lo afectivo de lo sexual- a fin de ser portadores de una fecunda visión encarnada.

Al respecto anoto dos retos. Un desafío es, desde la condición masculina, apreciar toda realidad humana incluyendo por supuesto la corporeidad y espiritualidad tanto femenina como masculina. Ya que el varón a menudo cosifica a la mujer, nos cabe reestablecer relaciones afectivas y sanamente espirituales. Otro gran reto humano para un varón (que suele ser pragmático y buscar soluciones a favor del desvalido) consiste en apreciar, con sentido Evangélico, la corporeidad del pobre donde nos encontramos con Jesucristo. Esta vivencia es no solo una

‘problemática social y religiosa’; también y sobre-todo se trata de compartir la mística del Cuerpo de Dios en el pobre.

En cuanto a la densidad de la mística cristiana, vale recalcar como la relacionalidad de Dios con la humanidad interpela -entre otras cosas- los privilegios masculinos. Ya no es posible apropiarnos de lo divino mediante esquemas androcéntricos. En un sentido positivo (7), apreciamos al Hijo del Hombre que ha sido débil y fue crucificado. También admiramos al Espíritu que es fuente inagotable de relacionalidad, y alabamos a la Trinidad que trasciende cualquier parámetro patriarcal. A mi parecer, esta mística logra -entre una de sus muchas dimensiones- asimilar las fragilidades y los anhelos masculinos.

Al ir terminando, comento la colaboración entre varones y mujeres en la existencia cristiana. Tenemos una gama de motivaciones. Unos aspectos básicos son la confianza desarrollada entre personas que apreciamos los diversos carismas en la Iglesia, amistades concretas, labores compartidos en la pastoral que opta por marginados. Todo esto tiene un sólido fundamento: el Evangelio de Jesús, amigo del pobre. Precisamente a través del Evangelio somos interpelados a la solidaridad con postergados, a la sana relación entre varón y mujer; a estas opciones cabe hoy añadir, gracias al lenguaje de género, la relación entre lo masculino y lo femenino. Jesucristo ha sido y es el modelo y el portador de equidad y de liberación.

Existen otras maneras de plantear estos asuntos. Por ejemplo, elementos bíblicos y doctrinales sobre la Creación son aplicados, mediante un lente filosófico, a la temática contemporánea del género. Un documento de la Doctrina de la Fe ha dicho -entre otras cosas- que “lo masculino y lo femenino son revelados como pertenecientes ontológicamente a la creación...” (8). Se las ve pues como esencias debidas a la creación divina, y no como lo planteado por las ciencias humanas: la condición masculina y

la femenina son procesos socio-culturales. Tampoco se las ve mediante el liberador trato de Jesús con mujeres y varones de su época.

La enseñanza oficial de la Iglesia ha ido consolidando la ética de equidad y justicia, basada en la igual dignidad de hombres y mujeres. Es una ética de transformación y no de conservación del orden vigente. En el Concilio Vaticano II, el mensaje final incluye un clamor a favor de toda mujer: “mujeres del universo, cristianas o no creyentes, a quienes les está confiada la vida en este momento tan grave de la historia, a ustedes les toca salvar la paz del mundo” (Vaticano II, mensaje a las mujeres, n° 11).(9) En Medellín los Obispos han hablado de la “injusticia que clama al cielo”, de reclamos por parte de familias y de juventudes, también hay reclamo por parte de la mujer, por su “igualdad de derecho y de hecho con el hombre” (Documento Justicia n° 1), Así como en Medellín también en Aparecida los acentos han sido puestos en radicales transformaciones: “las auténticas transformaciones se fraguan y forjan en el corazón de las personas e irradian en todas las direcciones de su existencia y convivencia. No hay nuevas estructuras si no hay hombres nuevos y mujeres nuevas que movilicen y hagan converger en los pueblos ideales y poderosas energías” (Aparecida n° 538). Luego, en la Encíclica *Laudato Si´* Francisco pone los fundamentos de la genuina con-vivencia. “La persona humana más crece... a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas. Así asume en su propia existencia ese dinamismo trinitario que Dios ha impreso en ella desde su creación” (*Laudato Si´* n° 240). Lo co-relacional marca todo.

Opino que la interacción entre varones y mujeres, y las cuestiones de género, no pueden ser tratadas superficialmente, ni cabe ignorar tanta buena vivencia y reflexión durante estas décadas. En cuanto a la existencia cristiana, son inseparables los valores en sus expresiones femeninas y masculinas. Se da testimonio de colaboración no por caprichos de carácter

afectivo y científico, sino porque en la creación trinitaria está inscrita la relacionalidad fecunda. Se comparte la amistad en Jesucristo y la dedicación al Reino de Dios; a ello contribuyen cualidades como varones y como mujeres.

Termino. Comencé con la metáfora del arbusto asediado por ladrillos. A los varones nos agobian unos ladrillos androcéntricos. Éstos pueden ser removidos y ser reemplazados por vínculos amables. Entonces los arbustos crecemos animados por la lluvia y el sol, y se consolidan fecundas interacciones (con equidad y con diferencias) entre factores masculinos y femeninos.

Notas:

\*Temática que he presentado en talleres, cursos, reuniones, retiros, de quienes podemos considerarnos 'aprendices' cristianos (aunque nos vean como dirigentes y más importantes por cargos que tenemos). Me parece que principalmente se camina en medio del sabio y humilde pueblo de Dios. Una primera versión ha sido publicada en Revista *Testimonio* 2004, n° 2005, pgs. 83-89.

1. Eduardo Liendro, "Masculinidad y violencia", en T. Valdés y J. Olavaria (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago: FLACSO, 1998, 131. Los editores han anotado: "los avances logrados por las mujeres, a nivel individual y colectivo, encuentran como barrera permanente el desinterés de la mayoría de los varones por participar en la construcción de una cultura igualitaria" (pg. 8). Tal desinterés también se constata al interior de ambientes cristianos.

2. Marcio Fabri dos Anjos, *Genero e poder na vida religiosa*, Sao Paulo: Loyola, 1999, 25.

3. Maria Silvia Mourao y otros, *Género, identidade e vida religiosa*, Sao Paulo: CRB/Loyola, 2000, 45, 60.

4. Regina Maria Meireles y Joaquin Sánchez, *Sexualidade: cultura, etica, e vida religiosa*, Sao Paulo: CRB/Loyola, 1999, 45.

5. Idem, 43.

6. Victor Hugo Silveira Lapenta, *Masculino e feminino na vida religiosa*, Sao Paulo: Loyola, 2000, 26.

7. Sobre estos y otros aspectos de espiritualidad, ver mi *Felicidad Masculina*, Chucuito, 2002, 45-53.

8. Congregación de la Doctrina de la Fe, *Sobre la colaboración del hombre y de la mujer en la Iglesia y el Mundo*, 31 de mayo, 2004, párrafo 12. Otro acento lamentable es puesto en la actuación de la mujer de hoy como revancha, conflicto, amenaza. Con miedo, caricaturas, calumnias ¿es posible colaborar entre varones y mujeres? Gracias a Dios, la vivencia masculina y femenina no es lo que sugieren documentos como éste.

9. Juan Pablo II, en la Carta Apostólica (1988) *Mulieris Dignitatem* reconoce a la mujer como signo de los tiempos. Conviene añadir los esfuerzos de co-responsabilida varón-mujer, y la lucha contra formas abiertas o sutiles del androcentrismo. Esto ha crecido en los últimos 30 años. Un aspecto importante es el deslinde del clericalismo, como peste que contagia a varones y mujeres. Con respecto al clericalismo, el Papa Francisco está llevado adelante una incesante denuncia acompañada de propuestas de renovación.